

esto quedó zanjada la parte política de la cuestión, y el único resultado positivo, pero inocente, que consiguió de la comisión el ferro-carril del Este al cabo de algunos meses de negociaciones, fué que pudo enviar trenes directos con su personal propio de explotación al través de la Bélgica con destino á Amberes y Rotterdam. Con esto quedó en Francia el disgusto roedor de pensar que en último término la diplomacia prusiana, sin cuyo apoyo la Bélgica no se habría atrevido á oponerse á las exigencias francesas, había frustrado una combinación cuyo objeto definitivo era dar un gran paso para la incorporación final de la Bélgica.

Durante este tiempo se llevaron en el mas profundo secreto negociaciones para una triple alianza entre la Francia por un lado y el Austria y la Italia por otro. Respecto del Austria había iniciado Napoleon el asunto en julio de 1868 proponiendo por conducto del príncipe de Metternich al conde Beust dirigir una especie de interpelación á la Prusia (1), con motivo de las tentativas cada vez mas visibles que se hacían para traspasar la línea del Mein. Beust manifestó que éste sería el mejor medio de encontrar partidarios en la Alemania del Sur para la union con la confederación del Norte y por lo mismo recomendó en cambio que Napoleon se declarara en Berlin dispuesto á no realizar la nueva organización militar siempre que la Prusia hiciera una declaración satisfactoria respecto del mantenimiento de la paz de Praga. Estando persuadido el ministro austriaco de que Bismarck ni podría ni querría hacer semejante declaración, pensaba que la Francia adquiriría con esto el derecho de presentarse como guardadora de la línea del Mein. De esta manera habría sido inevitable el conflicto; pero Napoleon no quiso adoptar este camino, diciendo que atendida la organización militar de la Prusia con sus reservas saldría él perdiendo, y por esto propuso «un cambio de ideas y de memorias» sobre una alianza franco-austro-italiana. Este cambio de ideas continuó todo un año hasta setiembre de 1869 (2) y en él solo estuvieron iniciados, además de los tres soberanos, Rouher, Beust, el príncipe de Metternich, los condes de Vitzthum y Vimercati y el príncipe Napoleon, quedando ignorante de todo, por deseo expreso del emperador, el embajador en Viena duque de Gramont. En el último momento fueron también iniciados en el secreto el marqués de Lavalette y el príncipe de la Tour d'Auvergne. Segun se aseguraba en Francia, la primera excitación procedió del rey de Italia, que de esta manera quiso apresurar la cuestión romana; porque molestaba la tirantez que existía entre su gobierno y el francés desde la nueva ocupación de Roma. Por otra parte se notaba en la población de Italia una corriente cada vez mas fuerte á favor de una alianza con la Prusia (3), y la asistencia del príncipe heredero de Prusia á las solemnidades de las bodas del príncipe heredero de Italia, en abril de 1868, dió lugar á vivas manifestaciones de simpatía en favor del príncipe prusiano, mientras que el príncipe Napoleon fué recibido hasta con frialdad. En julio Lamármora, acaso con auencia del rey, se había valido de algunos pasajes de la obra del estado mayor prusiano sobre la guerra de 1866 para lanzar en la cámara sus quejas contra la Pru-

(1) Beust, tomo II, pág. 340.

(2) Así lo dice Beust en su comunicación á Andrassy del 28 de abril de 1874; pero el príncipe Napoleon da como fecha el mes de junio en la *Revista de Ambos Mundos* del año 1878, del 15 de abril, página 492.

(3) Esta tendencia se notó especialmente en el partido republicano, y Mazzini declaró entonces que una alianza de Italia con Francia contra la Prusia sería un crimen «que á nuestra joven bandera imprimiría una mancha indeleble.» Véase Mazzini: *Venezia e Roma*, Roma, 1875, pág. 59.

sia y arrojar una nueva manzana de discordia entre el Austria y la Prusia con la publicación del despacho de Usedom del 17 de junio de 1866. No obstante la diplomacia oficial italiana observó una actitud intachable, desaprobó el proceder de Lamármora y conservó la buena armonía con la confederación del Norte de Alemania. Por esta misma razón el rey de Italia no quiso iniciar á ninguno de sus ministros en el secreto, cuando empezó la mencionada correspondencia con Napoleon, y las muchas cartas que durante los meses inmediatos se cruzaron entre Paris, Florencia y Viena, no tuvieron ningun carácter oficial. El resultado de estas largas discusiones fué reunido en Paris en un proyecto de alianza segun el cual se obligaron los tres soberanos á proceder de comun acuerdo en todas las cuestiones políticas. Entonces fué menester iniciar en el secreto al ministerio italiano y esto puso en primer término la dificultad que ofrecía la cuestión de Roma (4). Menabrea declaró que era menester presentar en el tratado una solución para la cuestión romana si se quería que Italia firmara la alianza; el Austria apoyó esta exigencia; pero Napoleon, despues de nuevas negociaciones, se negó á adquirir ningun compromiso en este concepto, y finalmente hizo declarar en Florencia y Viena por Lavalette que se reservaba volver en tiempo oportuno diplomáticamente sobre este asunto, pero que por lo pronto proponía el canje de cartas autógrafas de los tres monarcas en las cuales se prometiera en términos generales el auxilio mútuo. En setiembre de 1869 se cambiaron estas cartas autógrafas, con lo cual creyó Napoleon tener la seguridad suficiente de que al estallar una guerra bastarían pocos días para conseguir tratados definitivos: ilusión funesta é injustificable, aun admitiendo las expresiones de confianza que dicen usaron Metternich y Nigra, y á la cual hay que atribuir que la Francia se arrojará á la guerra tan ligeramente.

#### CAPITULO XVII

##### EL ESTALLIDO DE LA GUERRA ALEMANA

Las complicaciones que despues de tantas crisis felizmente vencidas promovieron al fin la guerra, se habían ido formando muy paulatinamente desde febrero de 1869. En la suposición de que los partidos monárquicos de España triunfarian sobre los republicanos en la discusión de la constitución, el general Prim, inmediatamente despues de la expulsión de la reina Isabel había entablado relaciones con varias cortes, en particular con las de Italia y de Portugal, buscando un rey para su país; y habiendo encontrado este propósito grandes dificultades, aceptó con mucha diligencia la proposición que le hizo entonces un miembro de las cortes, Salazar y Mazarredo, para que recomendara como candidato al trono de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, hermano del príncipe Carlos de Rumanía. Como este príncipe era pariente del emperador Napoleon por su madre, se podía suponer que el gobierno francés aprobaría su elección con la misma facilidad que se esperaba hallar de parte de la Prusia. A fines de marzo se entablaron las primeras negociaciones. El antiguo embajador de España en Berlin, Rancés y Villanueva (5), pasó desde Viena

(4) Esto fué probablemente á mediados de marzo de 1869, fecha en que Usedom comunicó á Berlin que existía una negociación secreta entre la Italia y la Francia, y que no era extraña al asunto el Austria. Benedetti: *Ma mission*, pág. 312.

(5) Se decía de él en Paris que había sido el intermedio por el cual Bismarck había logrado la caída de Isabel, y que nombrado gobernador de Cádiz había recibido allí los subsidios enviados desde Berlin. Véase *La Indépendance Belge* del 6 de julio de 1870, correspondencia de Paris.

por algunos días á la capital de Prusia para ponerse en contacto con aquel gobierno, y tuvo una audiencia con el rey y dos conferencias con Bismarck (1), pero sin encontrar al parecer la disposición que había esperado. A pesar del secreto y de su seguridad de que la elección se decidiría primero en favor del rey Fernando de Portugal, del cual se admitía como seguro que no aceptaría, y de que por lo mismo se elegiría en segundo lugar al duque de Montpensier, despertó las sospechas del embajador francés en Berlin, Benedetti, que en 31 de marzo se dirigió solicitando explicaciones á Thile, sustituto interino de Bismarck. Este le aseguró bajo palabra de honor que no tenía la menor noticia de la candidatura de Leopoldo, lo cual tranquilizó á Benedetti, si bien al escribir á Paris hizo notar que el secretario de Estado Thile no estaba siempre enterado de las intenciones de Bismarck (2). En una visita que hizo poco despues á Paris habló de esto con el emperador personalmente y recibió el encargo de no perder de vista este asunto, diciéndole Napoleon que la candidatura de Montpensier estaba dirigida únicamente contra su dinastía, pero que la del príncipe de Hohenzollern iba dirigida contra la nación francesa, y si él podía conformarse con la primera, debía impedir la segunda de todas maneras (3), porque el país no se conformaría con ella. De regreso á su puesto, Benedetti se dirigió personalmente á Bismarck y pudo comunicar el 11 de mayo de 1869 á Paris que el presidente del consejo de ministros no había rehuído la conferencia y le había afirmado que el rey de seguro no recomendaría al príncipe la aceptación de la corona, aunque las cortes le eligieran positivamente, y tampoco el anciano príncipe de Hohenzollern animaría á su hijo á aceptarla porque la subida de su hijo mayor al trono de Rumanía le había impuesto gravísimos sacrificios pecuniarios. Añadió Benedetti que Bismarck reconocía también que el príncipe para aceptar la corona de España necesitaba el consentimiento del rey, pero que no aseguraba que este consentimiento le fuese negado en absoluto; que Bismarck había mencionado también al príncipe Federico Carlos, diciendo que éste había mostrado igualmente ganas de aceptar la aventura española; pero que se lo vedaba su religión protestante y por lo demás jamás se había visto en el caso de mostrar aptitudes políticas. Todo bien mirado, pareció á Benedetti que Bismarck deseaba igualmente eludir todo compromiso en caso de elección y servirse de esta contingencia para intimidar á Francia. El embajador francés, en vista de sus instrucciones, no creyó prudente importunar mas á Bismarck y su ministro aprobó esta conducta.

No la modificó la publicación de un folleto de Salazar en octubre de 1869 para recomendar la candidatura de Leopoldo. No se sabe hasta dónde se tuvo noticia en Paris de la continuación de estas negociaciones, y es posible que aquel folleto fuese debido á una excitación de Napoleon, si es verdad que el emperador dijo á Prim, que á la sazón se hallaba en Paris: «¿Por qué no piensan ustedes en el príncipe de Hohenzollern, que es pariente mio (4)?» También omitió Napoleon protestar en Madrid cuando Drouyn de Lhuys le llamó nuevamente la atención en 17 de noviembre de 1869 sobre la candidatura de Leopoldo. Quizás contó Napoleon que la Prusia recibiría un chasco negándose las cortes á votar al príncipe, y quién sabe si pensaba de veras en valerse

(1) Benedetti: *Ma mission en Prusse*, pág. 303. Despacho del 27 de marzo de 1869.

(2) Benedetti: *Ma mission*, págs. 303 y 306.

(3) Benedetti: *Ma mission*, pág. 307.

(4) Randon, tomo II, pág. 306. No es sin embargo Randon quien da esta noticia, sino el editor de sus memorias, y este dato es tan inverosímil que solo lo citamos aquí para que no se nos acuse de omisión.

de su elección eventual como pretexto de guerra. No obstante por lo pronto pareció que este asunto desaparecía de la escena política; porque despues de haber enviado el príncipe por dos veces á una persona de su confianza á Madrid para examinar la situación, se decidió á renunciar á su candidatura. Prim no se desanimó por esto y Salazar desplegó nuevamente una actividad infatigable como agente (5). Tampoco se sabe si Prim tenía correspondencia con Bismarck sobre este asunto, conforme indican Enrique Martin (tomo VII, página 49) y Gramont (pág. 20). Salazar pasó cuatro ó cinco veces á Sigmaringen, de donde llevó á Madrid sucesivamente noticias mas favorables (6). Un embajador extraordinario que Prim envió con una carta al rey Guillermo no fué reci-



El príncipe Leopoldo de Hohenzollern (segun fotografia)

bido por éste, pero se enteró de todo Bismarck (7). De todos modos la diplomacia no ignoraba estas negociaciones, pues el embajador inglés en Madrid, Layard, comunicó á su gobierno en mayo de 1870 noticias relativas á este asunto, y el mismo Prim en 11 de junio manifestó á las cortes que creía estar seguro de tener un candidato apropiado si bien no podía nombrarle todavía. Antes de dar á conocer el nombre del príncipe de Hohenzollern, debía éste obtener la aprobación del rey de Prusia como jefe de la familia. El rey, sin negar su aprobación, aconsejó la no aceptación de la candidatura, y solo despues de repetidas instancias de Leopoldo, declaró en 28 de junio que no se opondría á sus deseos.

Tan pronto como Prim recibió esta noticia la comunicó en 2 de julio al embajador francés en Madrid, Mercier de Lostende, y le suplicó que cooperase á que el emperador francés no se mostrara muy descontento. A pesar de este temor, estaba decidido á sostener la candidatura de Leopoldo, y sin esperar la impresión que causaría en Paris, celebró un consejo de ministros presidido por el regente, general Serrano, en la Granja el 4 de julio, en el cual se decidió ofi-

(5) El embajador de España en Berlin aseguró mas tarde que el príncipe había admitido la candidatura ya en marzo. Gramont: *La France et la Prusse*, pág. 365.

(6) Se cita también como agente á Guerrero, amigo de Prim. *Indépendance Belge* del 7 de julio de 1870, correspondencia de Paris.

(7) Benedetti, pág. 331.

cialmente ofrecer al príncipe la corona y convocar las cortes para proceder a la elección el 20 de julio.

Entonces se hallaba ya París en la mayor agitación. Gramont había recibido apenas el 3 de julio las primeras comunicaciones de Mercier, cuando se apresuró a dar noticia de ellas a la prensa; por manera que los diarios de la mañana publicaron la noticia ya el 4. El lenguaje violento que usaron los periódicos que recibían sus inspiraciones del gobierno dió a conocer claramente que obedecían a instrucciones superiores, y en el *Constitutionnel* se dijo con asombro que los españoles querían confiar el cetro de Carlos V a un príncipe prusiano nieto de Murat, cuyo nombre estaba ligado a España por tristes recuerdos. Al día siguiente se hizo el lenguaje más violento y el cuerpo legislativo empezó a moverse. El diputado del centro izquierdo, Cochery, anunció una interpelación (1), y negándose la izquierda a apoyarla recibió los ultrajes de la prensa oficiosa por falta de patriotismo. Gramont se apresuró a prometer para el día siguiente la contestación y sometió al consejo de ministros el borrador de esta contestación, que fué aprobado en la misma noche del 5 de julio, bajo la presidencia del emperador. Su redacción era muy moderada; pero, ora fuese por la influencia de la agitación creciente que se manifestó en París, ora porque la emperatriz lo deseara, el emperador insistió en que se estudiara de nuevo la contestación, y en el nuevo consejo que se celebró con este motivo a la mañana siguiente, se intercalaron frases que dieron a la contestación una violencia sin ejemplo. Estas frases fueron aprobadas con gran repugnancia por la mayoría del consejo de ministros, de opiniones pacíficas, cediendo solo a la exigencia del emperador. Acordóse, pues, que el duque de Gramont empezara por negarse a entrar en discusión sobre un asunto cuyos pormenores todavía le eran desconocidos; que luego asegurara que evitara toda ingerencia en los asuntos interiores de España, y que tampoco había mostrado preferencia ni aversión a ninguno de los candidatos hasta entonces mencionados; pero, y esto fué añadido solo el 6 de julio para satisfacer la exigencia expresa del emperador, «no creemos que el respeto a los derechos de un país vecino nos obligue a tolerar que una potencia extranjera, al sentar a uno de sus príncipes en el trono de Carlos V, turbe en perjuicio nuestro el equilibrio de Europa poniendo en peligro los intereses y el honor de la Francia. Tenemos la firme esperanza de que esta contingencia no se realizará, y para impedirlo contamos igualmente con la sabiduría del pueblo alemán como con la amistad de los españoles. Si así no fuere, fuertes con vuestro auxilio y el de la nación, sabremos cumplir nuestro deber sin vacilación ni debilidad (2).»

Redactada la contestación de esta manera, era evidente la intención del gobierno francés de no involucrar en el asunto al gobierno español y de zanjarlo solo con el gobierno prusiano. Para justificar esta conducta se fundó después Gramont en que el gobierno prusiano se había mostrado completamente ajeno al asunto y en que el señor de Thile había declarado al encargado de negocios de Francia, Lessourd (porque el embajador francés se encontraba a la sazón con licencia tomando los baños de Wildbad), que el gobierno prusiano no tenía nada que ver en todo este asunto; de suerte que en opinión de Gramont había sido preciso hacer com-

(1) No se sabe si hizo la interpelación excitado por Thiers, que según se dice hizo el 4 de julio una tentativa vana para ser llamado por el emperador al ministerio. Véase Paul Dhormoys en *La Lecture, magazine littéraire*, París, 1890, n.º 65, págs. 497 y siguientes; Darimon: *Notes, etcétera*, pág. 59.

(2) Sobre el origen de esta declaración, véase Darimon: *Notes*, página 52; Gramont, pág. 49; *Indépendance Belge* del 4 de mayo de 1874.

prender al gobierno prusiano que la Francia no aceptaba este juego al escondite. Creyó que no se podía dudar de la veracidad de estos motivos ni atribuir al emperador otras intenciones. El emperador estaba convencido de que tenía que habérselas con una intriga prusiana y de que debía pedir una satisfacción a la Prusia si no quería aparecer humillado ante la opinión pública; y con esta convicción no titubeó en amenazar con la guerra sin por esto desearla, pues lo que quería únicamente era intimidar a la Prusia con una actitud tan firme. Los ministros bien se hacían cargo de que por este camino se iba a la guerra, pero también estaban persuadidos de que era menester arrostrarla. Ya en 4 de julio había observado Gramont al embajador prusiano, barón de Werther, que existía el peligro de una catástrofe en caso de que el rey no indujera al príncipe a rechazar la corona de España; y al preguntarle el embajador si entendía por catástrofe una declaración de guerra, Ollivier, que se hallaba presente, contestó en tono solemne, «en nombre del emperador y su gobierno,» que éste era en efecto el caso. Así Gramont, con la esperanza de asegurar la paz intimidando a la Prusia, apoyó de esta manera el juego del partido de la guerra, que quería imposibilitar un arreglo amistoso de la cuestión por medio de una provocación atrevida. Este partido consiguió un primer triunfo cuando Gramont leyó el 6 de julio por la tarde la declaración insolente, y así lo comprendió la oposición en el cuerpo legislativo; pues mientras la derecha aplaudía frenéticamente la declaración del ministro, pidió Picard los documentos diplomáticos, y Glais-Bizoin y Arago calificaron las palabras de Gramont de declaración de guerra. No produjo ninguna impresión la protesta de Ollivier, que exclamó con viveza: «El gobierno desea la paz; la desea apasionadamente, pero con honra. Siempre que la Francia se muestre firme en la defensa de su derecho, sin traspasar la medida racional, podrá contar con el apoyo moral de Europa. Nosotros no queremos guerra, no buscamos la guerra, solo atendemos a conservar nuestra dignidad.» Después de la sesión no ocultó Ollivier al emperador que la agitación de la cámara había excedido todo cálculo y que había parecido como si se hubiera leído una declaración de guerra.

No siendo de esperar que Thile se moviera de su punto de vista, según el cual el gabinete de Berlín no tenía nada que ver en este asunto, se decidió en París dirigirse al rey; Gramont, no contento con haber suplicado al embajador Werther el día 4 que solicitara del rey en Ems que retirara el permiso dado al príncipe Leopoldo, adoptó también la proposición de Benedetti, que desde Wildbad se había puesto por telégrafo a disposición del gobierno, no obstante su licencia, y le ordenó en la noche del 7 al 8 de julio que pasara a Ems. Gramont al dar esta orden no había decidido todavía lo que debía encargarse a Benedetti que pidiera en su entrevista con el rey. En un despacho oficial que envió al embajador por el joven barón de Bourqueney quiso que el embajador pidiera al rey que indujera al príncipe, si no por su orden, a lo menos con sus consejos a retirar su candidatura (3). En una carta particular dijo con más decisión: «La única contestación que puede impedir la guerra es ésta: — El gobierno no aprueba la aceptación del príncipe y le ordena retirar esta resolución que ha tomado sin su permiso (4). — Tenemos mucha prisa, decía el ministro, porque en el caso de una contestación no satisfactoria conseguiremos un adelanto, y debemos empezar el sábado (el 9 de julio) los movimientos de tropas para hallarnos en campaña dentro de catorce días. Si el embajador,

(3) En otro pasaje pide que el embajador induzca a S. M. a aconsejar al príncipe que retire su aceptación. Gramont, pág. 60.

(4) Gramont, pág. 61.

decía el ministro, consiguiera del rey la revocación, sería esto un gran triunfo y un grandísimo servicio, pues con esto aseguraría el rey la paz de Europa; de lo contrario vendrá la guerra.»

Con razón juzga Enrique Martin (tomo VII, página 55) desde el punto de vista francés estos dos documentos simultáneos. El despacho oficial se expresaba con buen criterio, pero la carta particular revelaba la decisión de hacer la guerra. Esta resolución, sin embargo, era en el fondo condicional, porque sometiéndose el gobierno de Prusia a la exigencia francesa, podía ser preferible este resultado al riesgo de una guerra, y esto explica las oscilaciones de Gramont. Apenas hubo despachado al joven Bourqueney cuando recibió de Madrid un parte anunciando que Prim estaba dispuesto a facilitar la retirada de la candidatura si el príncipe daba el primer paso, lo que hizo telegrafiar a Gramont a la una de la madrugada del día 8 de julio a Benedetti: «Diga usted esto al rey y si es necesario también al príncipe.»

No es fácil que Gramont al enviar este despacho pensara en su trascendencia, porque si el embajador hubiese tratado directamente con el príncipe y le hubiese inducido a la renuncia habría cambiado evidentemente la situación, colocándose la Francia en el terreno del gobierno prusiano y dejándole enteramente fuera del juego. En este caso, el príncipe no hubiera podido dejar de acceder a la petición de la Francia. Gramont, en efecto, sintió al día siguiente haber enviado este telegrama; pidió instrucciones al emperador y telegrafió el 9 de julio a las dos y media de la tarde a Ems: «No busque usted al príncipe de Hohenzollern; el emperador no quiere tratar con él (1).»

No hallándose el príncipe en Ems como se creía, Benedetti, que había llegado allí a las once de la noche, no pudo seguir la primera instrucción y según parece no habló de ella siquiera en su entrevista con Werther, el cual le visitó por la mañana del día 9, ni tampoco en la audiencia que le concedió el rey a las tres de la tarde. En esta entrevista, el monarca le expuso minuciosamente que su gobierno no tenía nada que ver con el asunto, y que él mismo personalmente como jefe de la familia solo había hecho un papel negativo, omitiendo prohibir al príncipe la aceptación; que continuaría en la misma situación; que la Francia procurara hacer variar de resolución al ministerio español, y que el gobierno de Prusia no haría nada para disuadir al príncipe de una renuncia voluntaria. Por lo demás, añadió el rey que ignoraba cómo pensaban el príncipe y su padre en este asunto, y que se pondría en relación con ellos, pero no por telégrafo, por no haberse convenido con el príncipe una clave para corresponder con él en cifra; que tan pronto como se hubiera enterado pondría al embajador francés al corriente de lo que ocurriese. Al mismo tiempo manifestó francamente el rey que el lenguaje de Gramont en la cámara había sido injustificable y equivalía casi a una provocación, y de esta opinión no pudo apartarle el embajador con todas sus excusas (2). En general el embajador francés se inclinaba a creer que el rey deseaba seriamente una renuncia voluntaria del príncipe; pero atendida su profunda desconfianza, le pareció también posible que la Prusia quisiera únicamente ganar tiempo para sus armamentos. No vió, según dijo, que se estuviesen haciendo armamentos, pero los creía muy posibles, porque podían tomarse las primeras disposiciones muy ocultamente.

Invitado por el rey a la mesa, no pudo Benedetti telegrafiar ni escribir a París sobre su audiencia hasta la noche. Al día siguiente solo volvió a ver al rey hacia la noche y so-

(1) Benedetti, pág. 323.

(2) Esto lo comunicó Benedetti a Gramont no oficialmente sino solo en carta particular. *Ma mission*, pág. 339.

licitó una audiencia para el día 11. Mucho inquietaron a Benedetti las instrucciones múltiples y apremiantes que recibió de París; Gramont pedía unas veces una comunicación que pudiese presentar a la cámara y en la cual se indicara con precisión que el rey quería entenderse con el príncipe antes de tomar una resolución, y otras veces solicitaba con urgencia una decisión pronta, diciendo que no debía pasar aquel día (el 10 de julio) sin que la Francia empezara sus armamentos. «Mientras el rey, escribía Gramont en otra carta simultánea, nos hace esperar una hora tras otra con el pretexto de entenderse con el príncipe, se llaman en Prusia las reservas a las filas y se nos adelanta haciéndonos perder un tiempo precioso. No queremos de ningún modo dar a nuestro adversario hoy las mismas ventajas que tan funestas fueron al Austria en 1866. También amenaza adelantárenos la opinión pública. Es preciso que empecemos; solo aguardamos el despacho de usted para llamar los 300,000 hombres que hay que llamar a las armas. Suplico a usted encarecidamente que nos escriba, que nos telegrafe algo muy determinado. Si el rey no quiere aconsejar al príncipe la renuncia, tendremos la guerra inmediata, y en pocos días nos hallaremos a orillas del Rhin. En adelante solo se trata del rey. Habiendo dicho que aprobó la aceptación del príncipe, le toca ahora prohibirla o por lo menos aconsejar y conseguir la renuncia; pero más importante que la misma renuncia es para nosotros saber pronto a qué atenernos.»

En vano Benedetti aconsejó la cautela, telegrafiendo por la noche del 10 de julio: «La guerra sería inevitable si empezáramos con preparativos militares.» La contestación que recibió fué un nuevo telegrama, que llegó a la una de la madrugada y que decía: «Estamos contando las horas. Usted ha de insistir de todas maneras en recibir una contestación del rey: sí ó no. La necesitamos para mañana (para el día 12) (3); pasado mañana sería demasiado tarde.» Con esto iba unida la noticia de que el regente de España pensaba enviar un representante al rey y a Bismarck para recomendar la renuncia del príncipe, añadiendo Gramont al embajador: «Puede usted hacer uso de esta noticia si lo cree necesario para el buen éxito, si bien sería preferible que tuviésemos que agradecer la renuncia únicamente a la intervención del rey.» Cuanto más probable pareció que a la llegada del enviado español se arreglara todo, tanto más insistió Gramont en que antes, es decir, en seguida, efectuara el rey su retirada ó se negara decididamente a hacerlo. El que hubiese querido seriamente la paz era natural que esperara la llegada del enviado español; el que quería precipitarlo todo, quería evidentemente la guerra. En el consejo de ministros de Francia ganaron los amigos de la paz una vez más algún terreno. Después de una larga discusión se decidió por la mañana del 11 de julio no empezar todavía con los armamentos, sino esperar el resultado de la audiencia que debía tener Benedetti con el rey al mediodía (4). También fué Gramont encargado de leer al mediodía en la cámara una declaración que aseguraba que todos los gabinetes extranjeros reconocían la justicia de las reclamaciones francesas, y la cámara solicitó que se tuviera paciencia hasta que llegara la contestación, de la cual habían de depender las resoluciones del gobierno. La oposición, siempre desconfiada, sospechó que el ministerio se ocupaba en preparar nuevos motivos de guerra en caso de que la cuestión es-

(3) *La Indépendance Belge* del 11 de julio dice: «Un despacho de París asegura que el gobierno francés esperará la decisión de la Prusia hasta mañana martes por la noche y que si no resulta satisfactoria, ó si tarda más del plazo indicado, se dirigirán (12 de julio) comunicaciones importantes al cuerpo legislativo.»

(4) Gramont, pág. 79.